



Entre sus condecoraciones, guarda con cariño la Distinción Ana Betancourt.

Siempre “Anita”

● Por Mayliovys DEL TORO TERRERO
Fotos: Lorenzo CRESPO SILVEIRA y
Cortesía de la entrevistada

Elegante y sonriente, Ernestina Rodríguez Piñón comparte recuerdos con **Venceremos**, en una historia que demuestra el empoderamiento de la mujer en Cuba tras el triunfo de la Revolución. Desde la sala del hogar, en calle Martí esquina a 1 Sur, en la ciudad de Guantánamo, rememora hazañas de 1961, cuando vivía en un recóndito pueblito de Maisí.

Corrían los primeros días de enero, y la Federación de Mujeres Cubanas captaba muchachas de 14 a 17 años, aunque se aceptaban de hasta 20, para formarlas en las técnicas de corte y costura en las Escuelas para Campesinas Ana Betancourt, en La Habana. Muchos padres, patriotas y convencidos de las bondades de la Revolución daban el permiso, pero otros, permeados por tabúes y desconfianza, se negaban.

“Era una etapa donde la contrarrevolución confundía a las familias campesinas, decían que nos llevaban para casarnos con los rusos, o para sacarnos del país y devolvernos molidas dentro de latas de carne rusa, eso atemorizó a muchos.

“Mi papá, en la zona, era uno de los mejor informados, porque tenía octavo grado, y convenció a muchos que estaban equivocados. Fíjese que él fue quien llevó hasta Santiago de Cuba a las jóvenes de mi pueblo, de ahí partimos hacia la capital”, enfatiza Ernestina.

La Habana la deslumbró. Jamás había visto edificaciones tan altas y mucho menos esa encumbrada muralla que protege la ciudad del mar inmenso, conocida como el malecón.

“Yo, al igual que mis compañeras, estaba asustadiza, pero fascinada con todo tan bello, lujoso, diferente. Duchas con agua fría y caliente en la escuela, cuando en medio del monte solo teníamos un cubo de agua.

Las llaves, la mayoría no sabía usarlas para abrir las puertas, y los inodoros: ¡un verdadero descubrimiento!”, dice mientras sonríe recordando los primeros días en el Hotel Nacional y luego en Tarára.

Superación integral entre agujas y pedales

El inédito Plan de Escuelas para Campesinas tomó el nombre de la patriota camagüeyana Ana Betancourt -primera cubana en proclamar el derecho de la mujer-, y tuvo una matrícula de 14 mil jóvenes.

El proyecto, liderado por la Federación de Mujeres Cubanas, permitió a miles de jóvenes de lugares inhóspitos del país elevar el nivel educacional y prepararse como profesoras de corte y costura. Además, estaba la atención médica y estomatológica, garantizada durante todo el tiempo.

En la escuela aprendieron a coser, “a comer”, a caminar, a socializar, a hablar correctamente; vieron por primera vez la televisión, escucharon música, y lo mejor es que era habitual el intercambio con Fidel y Vilma Espín, quienes se interesaban por cada detalle, la atención, y si las clases les resultaban de interés, entre otros aspectos.

“En una de las visitas de Vilma, a finales de abril de 1961, la directora le planteó que estábamos tristes porque era la primera vez que íbamos a estar lejos del hogar para el Día de las Madres y ella dijo que se lo diría a Fidel. ¡Y usted puede creer que trajeron hasta La Habana a todas nuestras

madres!”, exclama con satisfacción la septuagenaria.

El después de las Anitas

La experiencia de las Ana Betancourt concluyó en diciembre del propio año 1961, y sus primeras egresadas recibieron una máquina de coser, con el propósito de que, al regreso, enseñaran a otras en sus respectivas comunidades, las técnicas aprendidas.

“Fidel asistió y nos elogió. También lo hizo Vilma Espín. Era de los primeros cursos creados por la FMC, apenas meses después de su fundación, ahí comenzó a fraguarse mi vocación revolucionaria. Mis compañeras y yo, luego de ese curso seguimos superándonos, algunas son médicas, otras ingenieras, educadoras de círculos infantiles, y yo misma hice la licenciatura en Ciencias Sociales” agrega.

Han transcurrido 59 años. Ernestina Rodríguez Piñón conserva aún su máquina de coser, la compañera de su vida, con la cual llegó a coserle las ropas a los hermanos y cumplió el sueño de regalarle a la mamá un vestido hecho por ella.

No solo fue costurera, también trabajó como cuadro profesional de la FMC, educadora en Baracoa, y segunda secretaria de la Federación en la provincia, y demostró que en las mujeres tendrá siempre la Revolución la garantía de continuidad.



Jóvenes de recónditos lugares del país se formaron como técnicas en corte y costura, además de adquirir conocimientos de cultura general integral.

Las satisfacciones de Yoandra

● Por M. T. T.
Foto: Leonel ESCALONA

Yoandra Hodelín Pellicier, joven médica veterinaria y directora de la Unidad Empresarial de Base (UEB) Acuícola en el municipio de Guantánamo, guarda con particular satisfacción entre sus recuerdos, el diálogo que sostuvo con Miguel Díaz-Canel Bermúdez, Presidente de la República de Cuba, cuando el mandatario llegó al centro que ella dirige desde hace cuatro años.

El estadista, en su condición de Presidente, realizaba la segunda visita a la provincia, ocasión en que llegó a la entidad piscícola acompañado por integrantes del Consejo de Ministros, interesado en la recuperación de la acuicultura, y la labor del colectivo en un centro importante del programa alimentario.

“Me impresionó. En la plática inicial mi voz era entrecortada, pero su sencillez invitaba al diálogo fluido, y eso ocurrió progresivamente mientras lo imponía sobre los resultados y proyecciones de un trabajo que conocía al dedillo. El encuentro devino diáfana conversación”, explica la joven dirigente.

Asegura que, como mujer y líder grupal, lo primero que se debe lograr en la dirección es fomentar la disciplina laboral, a partir del ejemplo personal, así se cultiva el respeto entre la masa obrera.

“La mejor forma de ganarse la confianza del colectivo es mostrar dominio de la actividad, conocimiento de resoluciones y normativas que rigen el trabajo, así como mantener el intercambio constante con los subordinados”, apunta.

“Este es un centro productivo, donde se trabaja con animales vivos, por lo que tienes que tener en cuenta la bioseguri-



Yoandra Hodelín: “Conocer el entorno laboral es fundamental para dirigir”.

dad, la alimentación, el cumplimiento de los procedimientos de trabajo, todo ello garantiza un ambiente laboral favorable y alcanzar las metas trazadas”, enfatiza la locuaz interlocutora.

Al dialogar con la médica veterinaria se revela el talento y entrega por la labor que realiza. Conoce cada detalle de la UEB, porque desde que llegó recién graduada en 2003 se preocupó por conocer los procesos que sucedían a su alrededor, así se apropió de herramientas útiles para la profesión.

“Cuando trabajas en lo que te gusta, todo fluye muy bien. Me interesaba por saber todo de la granja, incluso, hasta lo que no tenía que ver con mi trabajo directamente, y esa curiosidad me sirvió para dominar muchos aspectos que hoy como cuadro debo utilizar”, reflexiona Hodelín Pellicier.

“Mis conocimientos profesionales también los pude enriquecer cuando cumplí misión internacionalista, por dos años, en la República Bolivariana de Venezuela, experiencia que me permitió trabajar directamente con el *colossoma*, ciprínido que admite amplia variedad de productos para su alimentación, y se reproduce hoy en seis estanques de la unidad guantanamera”, rememora.

“En las actuales circunstancias de restricciones económicas provocadas por el recrudecimiento del bloqueo, es muy útil disponer de especies como los colossomas, capaces de nutrirse, además del pienso, con frutas, semillas y restos de cosecha”, reconoce la directora.

Para esta joven directora, la Unidad Empresarial de Base Acuícola es mucho más que el centro laboral donde ha crecido de manera profesional y personal, “es ese espacio de sacrificio y resultados, donde he adquirido valores y conocimiento que hacen de mí mejor persona y dirigente”.